UN PASEO Á BEDLAM,

Ó

LA RECONCILIACION POR LA LOCURA.

COMEDIA EN UN ACTO.

Traducida libremente del francés

POR

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Representada en Madrid por primera vez en Julio de 1828.

MADRID.
IMPRENTA DE REPULLÉS.
Junio de 1831.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
TORRAS

N.º de la procedencia

Esta Comedia es propiedad legítima de su Editor, quien rubricará todos sus ejemplares, y perseguirá ante la ley al que la reimprima.

PERSONAS.	ACTORES.
Alfredo de Roseval.	*Sr. Cárlos Latorre.*
Amelia, su muger. .	*Sra. Concepcion Rodriguez.*
El Baron de Saint-Elme.	*Sr. Luis Fabiani.*
Tomy, jardinero del Baron.	*Sr. Agustin Azcona.*
Crescendo, músico compositor.	*Sr. José Cubas.*

721717

El teatro representa un parque á la inglesa muy elegante, adornado de estátuas y árboles exóticos. En el fondo un jardin cercado con verja practicable. A la izquierda en el primer bastidor un pabellon, y en el tercero la entrada del parque. A la derecha enfrente del pabellon un sauce, y al pie un banco de piedra.

ESCENA PRIMERA.

EL BARON, AMELIA *y* CRESCENDO.

CRESCENDO.

Si signora, la música italiana dimanda voce, espression è gusto. Voi possedete tutto questo á la perfeccione.

AMELIA.

Temo que no os haga honor vuestra discípula.

CRESCENDO.

¡Oh! non temete. Dieci leguas á la redonda non si trova una Ledy que pueda compararse con voi.

BARON.

Cada dia me admiro mas, señor Crescendo, de ver confinado en Inglaterra un talento como el vuestro.

CRESCENDO.

¡Eh! ¿che volete? Le belle arti è il talento non trovan qui tanta gloria com' en Francia, ma si paga meglio á i professori... E di più, l'huomo grande, é l'huomo de tuttas las naciones. — Signorina, io vi porto un aria bellissi-

ma que acabo de componer in questo momento... (1)

¡Bárbaro amor, crudel tirano!... ¡Oh! io composso sempre cosi, improvisando è andando di quá in lá per donare mis lecciones.

BARON.

Ya entiendo; virtuoso ambulante.

CRESCENDO.

Iusto. Mi desayuno en Bedlam, como en Londre, è ceno in Tudor-Hall. Il genio come in todas partes... ma la vostra casa è la piu estimata da me. Ancor que siate francés voi apreciati i macarroni: Io trovo qui molta consideracion per me, una voce divina, cocinero francés è música italiana.

BARON.

Mucho celebro que os guste tanto mi casa. ¿Pero no continuais la leccion?

CRESCENDO.

La signora mi sembla cansada. Antes de comer voglio revisar la roman-

(1) *Canta.*

za che la vostra bella nepóta m'a permesso dedicarla. — ¡Ah! ¿Come chiamarla? ¿Madama ó madamicela?

BARON.

Es material.

CRESCENDO.

¡Oh! non per certo. — Vedrete; io faró gravare in grossi caratteri: dedicata pel suo obligatissimo humilissimo servitore Cescendo, &c., &c. Ma ia fà un mese que io dono leccione á la signora, è non so ancora si ella è mariata ò non.

BARON.

¿Era tan necesario el saberlo para enseñarla duos y cabatinas?

CRESCENDO.

Non, certamente. Escusate mi indiscrecion.

BARON.

No; no es indiscrecion. Y podeis poner sin riesgo...

CRESCENDO.

Á madamicela...

BARON.

No; á madama la condesa Amelia.

CRESCENDO.

¡Ah!... Ma io m' admiro que ancor non abiamo veduto al signor conte. Il signor conte è assai felice: ¡corpo di Baco! — Voi vi avete meridato troppo giòvane... Ma perdon... io ben vego che l' amor è la gioventú. (1)

L' amor è la gioventú...

Io ho fatto un rondó di questo tema. (2) Aspetate... al fin ho trovato l' allegro de mi aria... Ya sono due giorni que li cerco. (3)

Crudel tirano... ah... ah...

Iusto. Yo corro á scribirlo. Bisogna profitare de la inspiracione.

AMELIA.

Que no os ocupe demasiado tiempo.

CRESCENDO.

Siete tranquila; non decaré pasar l' hora di comer. (4)

(1) *Canta.*
(2) *Dándose una palmada en la frente.*
(3) *Canta.*
(4) *Se va cantando.*

ESCENA II.

AMELIA *y el* BARON.

AMELIA.

Vamos; tambien ese estravagante va á hacer ahora comentarios sobre la conducta de mi marido. Estrañará que el conde...

BARON.

Motivos hay para estrañarlo.

AMELIA.

¿Por qué? No es ninguna cosa del otro mundo el estar un marido ausente de su muger.

BARON.

Sí; pero ¡tanto tiempo! ¡cerca de diez meses!... No obstante, me han asegurado que te amaba con estremo.

AMELIA.

Vos no estabais en París cuando me casaron con Mr. Alfredo de Roseval. Asi no podeis saber...

BARON.

No; pero sin conocerle sé que es el mas aturdido, el mas amable y el

mas valiente de todos los oficiales franceses.

AMELIA.

Un niño en todas sus cosas. Se juzgaba el mas feliz de los hombres cuando lucia su gran uniforme, ó montaba su caballo de escuadron. Todo lo hubiera sacrificado al placer de pasar revista á su regimiento.

BARON.

¿Sí? pues me parece imposible que no sea encantador un hombre de ese carácter.

AMELIA.

¿Quereis ponerme de mal humor, tio?

BARON.

Yo le supongo jovial, franco, incapaz de engañar, muy cariñoso para con su muger... y en fin, digas lo que quieras, alguna culpa tendrás tú...

AMELIA.

¡Yo! Bien sabe Dios...—Escuchadme, y juzgad. Nos casaron. El decia que me adoraba: yo consentí en creerlo. Todos lo dicen, y todas lo creemos.

En los ocho dias primeros, debo hacerle esta justicia, pareció mas apasionado de mí que de sus caballos, y aun de su uniforme. Tuvo que partir con una comision importante. ¡Con qué dolor se separó de mis brazos! A los ocho dias debí recibir carta suya; se pasaron quince, y al fin llega la carta retardada por una multitud de accidentes mas ó menos estraordinarios... ¡Mentira todo! Le contesto con mucha frialdad. Vuelve á escribirme, pero con un tono... Ya veis que á mí no me tocaba ceder... ¡Jesus! primero muerta. Cualquiera se hubiera irritado como yo. No respondo. Espero que se disculpe, que me pida perdon... Nada: pasa un mes, pasan dos sin saber si es muerto ó vivo. En esto venis á Francia. Me proponeis dejar á París, cuya mansion me parecia ya insípida, y venir á habitar con vos la quinta que poseeis á orillas del Támesis cerca del nuevo establecimiento de Bedlam. Acepto gustosa vuestra proposicion, y olvido al ingrato que me abandona. En

este asilo delicioso, en el seno de las artes y de la amistad, nada echo de menos. Vos solo sois el objeto de mi cariño, vos solo; y gracias á Dios, gozo de una tranquilidad, de una indiferencia inalterables.

BARON.

El tono con que me lo dices me lo persuade. Es cierto que en la relacion que me acabas de hacer hay circunstancias que aun no me habias dicho. — No importa; tienes razon; sí, mucha razon. —¿Y qué hace ahora Roseval?

AMELIA.

He sabido que su comision se ha terminado, y que viaja por divertirse. Andará de capital en capital derramando el oro, y haciendo el amor á cuantas se le presenten.

BARON.

Por pasatiempo tal vez. ¿Pero quién mas digna que tú de su ternura? Cuando menos lo imagines le verás volver...

AMELIA.

No lo creo. — Y seria inútil. Mi

resolucion es irrevocable. — No veré yo, no restituiré mi cariño ni mi estimacion á un hombre que voluntariamente ha vivido un año entero separado de mí.

ESCENA III.

Los precedentes y TOMY.

BARON.

¿Qué traes de bueno, Tomy?

TOMY.

Tengo que pediros un favor.

BARON.

¿Qué es? Sepamos...

TOMY.

Pues señor, yo vengo de la taberna del Almirante...

BARON.

Lo creo, sin que lo jures.

TOMY.

Que es tambien parador. Estaba yo trincando con unos amigos, y me veo llegar una silla de posta... seis caballos... tres postillones... clic... clac... "¡Hola!

La muchacha, los mozos, toda la casa. Que me den de almozar." Iban á servirle de aquel tintillo que me gusta á mí tanto. ¡Oh, y es escelente el que hay en la taberna del Almirante!... "Quita allá. Venga Champagne, Bordeaux; vino de Francia... Viva la Francia." —Eso sí; él nos ha tratado como compatriotas. — Ya veis que nada me dejo en el tintero.

AMELIA.

¡Es hombre exacto en sus narraciones el buen Tomy!

TOMY.

"Huéspeda, ¿no podré yo visitar la nueva casa real de Bedlam? Soy estrangero, y quisiera ver despacio tan bello establecimiento..." La posadera responde que no está abierto para todo el mundo, y que sin recomendacion de uno de los propietarios de las inmediaciones... "¡Eh! ¿quién diablos me ha de recomendar? Yo no conozco á nadie." Entonces yo me acerqué, y le dije que con su permiso yo se lo diria á mi amo...

BARON.

Adelante.

TOMY.

Que es un rico y amable señor...

BARON.

¿Le has prometido mi recomen-
acion?

TOMY.

Sí señor. El deseo de complacerle...
s verdad que me ha dado una mone-
a de oro, y aun espero nueva propina.

AMELIA.

¡Oh! y tampoco es cosa de com-
rometer el crédito del señor Tomy.

BARON.

Ya veo que ha hecho muy bien en
ntar con tu proteccion. (1)

TOMY.

Vos conoceis al director de la casa
e locos; y con dos letras... (2) Vol-
iendo al jóven estrangero, alli le he
ejado componiéndose el corbatin de-
nte del espejo, y diciendo chicoleos á

(1) *Abre la puerta del pabellon y escribe.*
(2) *A Amelia.*

la criada, que es una linda muchacha, á fé de Tomy. Pero ¡qué cabeza de gorrion! Pide la cuenta; se la dan; paga sin examinarla; habla; rie; canta; todo á un tiempo. Dice que viene á ver las gabias de Bedlam. ¡Pardiez! Cualquiera diria que se habia escapado de alguna de ellas.

BARON. (1)

¿Y tú sabes quién es ese original?

TOMY.

Uno de sus criados le nombró. — ¿Cómo dijo? — El conde... ¡Ah! El conde de Roseval.

BARON.

¡Roseval!

AMELIA.

¡Alfredo! Dios mio. (2)

BARON.

¡Eh!... ¿A dónde vas?

AMELIA. (3)

Tio, yo no me quedo aqui. No

(1) *Que ha acabado de escribir.*

(2) *Corre hácia el lado por donde vino Tomy.*

(3) *Volviendo.*

quiero esponerme á su encuentro.

BARON.

¡Niñerías! ¡Si no viene aqui!—¿Y acaso te comeria?

AMELIA. (1)

Teneis razon.

BARON. (2)

¡Qué aventura! ¡Alfredo aqui!—No perdamos tan buena ocasion... ¿Pero de qué medio me valdria... ¡Oh! ¡Escelente idea! (3) Toma, llévale esta carta... Dile que tú mismo le conducirás á Bedlam.

TOMY.

Sí; á la casa de locos.—Está dos pasos de aqui.

BARON.

Sí; pero escucha. (4)

TOMY.

¡Cómo, señor!... Es un cargo de conciencia...

(1) *Esforzándose á reprimir su agitacion.*
(2) *Aparte.*
(3) *A Tomy.*
(4) *Le habla al oido.*

BARON.

Haz lo que te mando; y silencio.

TOMY.

Bien está, señor. (1) El diablo me lleve si entiendo esta pantomima.

ESCENA IV.

El BARON *y* AMELIA.

AMELIA.

Pero, tio, ¿cuál es vuestro designio?

BARON.

No tengas cuidado.

AMELIA.

Ya os lo he dicho. Jamas, jamas volveré á verle. Lo he jurado.

BARON.

En hora buena. Tú no puedes soportar su presencia. Eso es muy justo. Pero yo que nada he jurado, debo recibir con agasajo á un sobrino desconocido que viene á verme sin pensarlo. —¿Temes que permanezca mu-

(1) *Aparte.*

cho tiempo en casa de un pariente ignorado, cuando apenas puede vivir ocho dias al lado de quien ama?

AMELIA.

¡Ah! ¡Qué placer tendria yo en verle á mis pies, en desesperarle!

BARON.

Todo eso es muy posible.

AMELIA.

¿Cómo?

BARON.

Vete allá dentro. Vuelvo al instante, y te esplicaré mi proyecto.

AMELIA.

¿No tardareis: verdad, tio?

BARON.

Dame siquiera tiempo para recibirle.

AMELIA.

¿No me lo podeis decir ahora?

BARON.

No, que siento pasos...

AMELIA.

No es nadie. Decidme...

BARON.

¡Oh, Dios mio! — Vete; ya viene.

AMELIA.

¡Me consumo!..—Siento una inquietud...—¡Buena necesidad teniamos por cierto de recibir aqui á ese tarambana! (1)

ESCENA V.

El BARON, *y despues* ALFREDO *conducido por* TOMY.

TOMY.

Por aqui, señor, por aqui.

ALFREDO. (2)

¡La entrada es soberbia! ¡Qué hermoso jardin! ¿Quién habia de creer que esta era una casa de locos? (3) ¿Es aquel uno de ellos?

TOMY.

No señor, es el director.

ALFREDO.

¡Ah! ¡El director! Me alegro. Retírate... Toma para beber á mi salud.

(1) *Se retira, mirando mucho hácia el lado por donde ha de venir Alfredo.*

(2) *En el fondo.*

(3) *Señalando al Baron.*

Te doy las gracias por haberme conducido á Bedlam.

TOMY. (1)

No hay por qué... Mi deber...

ALFREDO.

Dí á tu amo que el conde de Roseval solicita el honor de ofrecerle sus respetos antes de partir para Lóndres.

TOMY.

Se lo diré, señor. (2) ¡Vaya un dinero bien ganado!

ESCENA VI.

El BARON *y* ALFREDO.

BARON. (3)

¡Es un jóven muy atento mi sobrino!

ALFREDO.

¿Es el señor doctor Wills á quien tengo el honor de hablar?

(1) *Haciendo cortesías.*
(2) *Aparte.*
(3) *Aparte.*

BARON.

Servidor vuestro.

ALFREDO.

Aqui tengo una carta para vos. Hacedme el gusto de leerla.

BARON. (1)

Bien podria escusarlo. (2) — Eem, eem... — Me piden que os enseñe la nueva casa de Bedlam. — No necesitabais recomendacion. Un caballero como vos siempre es bien recibido. — Siento mucho que hayais venido en este dia. Muchas habitaciones no estan visibles, y hasta dentro de un rato no os puedo enseñar lo interior del establecimiento.

ALFREDO.

¡Oh! no quiero molestaros. Esperaré cuanto gusteis. El jardin basta por sí solo á llamar la atencion de un viajero. ¡Qué buen gusto! ¡Qué variedad! Pocos he visto tan bellos.

(1) *Aparte.*
(2) *Alto, como quien lee entre dientes.*

BARON. (1)

¡Oirse uno alabar de tal suerte! ¡Un propietario! ¡Oh delicia!

ALFREDO.

Vuestros locos son los mas felices del mundo. No los tratan asi en otras naciones. ¡Oh! Y lo que es en Francia hay buena cosecha de ellos.

BARON.

Ese ganado abunda en todas partes.

ALFREDO.

Si la locura habita un palacio en Inglaterra, ¿qué reservais á la sabiduría?—¿Sabeis lo que digo? Aqui me estableceria yo de muy buena gana.

BARON.

¿Qué decis? Aqui solo residen los que tienen la cabeza...

ALFREDO.

Pues si os he de decir la verdad, otros puede que esten en Bedlam con menos motivo.

BARON.

¿Por desgracia os aflige algun pesar?

(1) *Aparte.*

ALFREDO.

Es segun... Mirad. Si diera yo en reflexionar sobre mi suerte, no me faltarian penas. Aqui donde me veis, soy casado. Vos no lo hubierais creido, ¿eh? Ni yo tampoco. Tengo una muger adorable que, si no vuelvo por mí, á estas horas ya me hubiera enterrado á pesadumbres.

BARON.

¡Es posible!... ¿Y en dónde está ahora?

ALFREDO.

Os vais á reir... —La verdad, yo no lo sé. Presumo que estará en París cercada de placeres y de adoradores. Estamos reñidos... ¡pero cómo! á matar. —Una ligereza... un capricho.... Es largo de contar. ¡Oh! Yo no volveré á verla; lo he jurado.

BARON.

¡Lo habeis jurado!

ALFREDO.

Sí señor. —Y mirad; siendo yo el ofendido, la escribí. —No me contestó.

—Ella sabrá por qué. Mi conciencia está tranquila.

BARON.

¿No le hicisteis ninguna reconvencion?

ALFREDO.

Esa idea tuve al principio; pero luego reflexioné... Ya veis, harto trabajo tiene uno con ser marido, sin ser ademas marido regañon. ¡Qué horror! Me hubieran silvado.

BARON.

Son tantos ya los maridos que se quejan de sus mugeres...

ALFREDO.

¡Qué! ¡Si eso es una epidemia!—Sea despecho, sea amor propio, yo preferí una venganza mas digna de mí.—De baile en baile; de tertulia en tertulia... porque en tales reveses es preciso escudarse con el auxilio de la razon. Esta es la reflexion que me hago hace cerca de un año. Asi los bailes, los conciertos, los viajes, los espectáculos son mi único consuelo. ¡Soy el hombre mas desgraciado de la tierra!

BARON.

¡Eh!... no hay que desanimarse. Es preciso llevar con paciencia los trabajos... (1) Está visto: mi sobrino es un atolondrado.

ESCENA VII.

Los precedentes y TOMY.

TOMY. (2)

¡Chit... chit!... Señor Baron.

BARON.

Voy allá. (3) Es preciso prevenir á mi sobrina... (4)

ALFREDO.

¿A qué esperamos? ¿No me enseñais el establecimiento?

BARON.

Lo que vais á ver os sorprenderá; os lo aseguro.

(1) *Aparte.*
(2) *En el fondo, haciendo señas.*
(3) *Aparte.*
(4) *Tomy parte.*

ALFREDO.

Lo que mas me sorprenderá es el considerarme la persona de mas juicio entre las gentes de que voy á verme rodeado.

ESCENA VIII.

Los precedentes y CRESCENDO.

CRESCENDO. (1)

¡Signor baron! ¡Signor baron! Ecco l' aria finita. (2)

Crudel tirano. ¡Ah! ¡ah! ¡ah!...

BARON. (3)

¡El músico ahora! ¡Por vida de!... No habia yo previsto...

ALFREDO.

¿Qué hombre es ese?

BARON. (4)

Un loco... pero pacífico. — Le dejamos gozar de alguna libertad. — No lo creyerais; es un gran personage.

(1) *Fuera de sí.*
(2) *Canta.*
(3) *Aparte.*
(4) *Bajo á Alfredo.*

Un canciller jubilado. No habla sino de música. Se tiene por un gran compositor. No ve un hombre que no se lo imagine protector suyo. A mí mismo me ha tomado por un baron, á quien quiere dedicar una ópera.

ALFREDO.

¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡Pobre hombre!

BARON. (1)

Ese es un príncipe ruso, gran protector de las bellas artes; hombre que delira por la música italiana.

CRESCENDO.

¡Que bel piacere!

BARON. (2)

Dispensadme por un momento. (3) Instruyamos á Amelia.—Pronto vuelvo.

ESCENA IX.

ALFREDO *y* CRESCENDO.

CRESCENDO.

¿Mi sarà permesso ofrerirvi il mio

(1) *Bajo á Crescendo.*
(2) *A Alfredo.*
(3) *Aparte.*

rispeto? Ci honora molto la vostra visita.

ALFREDO. (1)

¡Qué caricatura! ¿Quién diablos reconoce á un canciller en este mamarracho? —Caballero, yo soy el que me puedo llamar dichoso en conocer á un talento tan distinguido... ¿Cómo es vuestra gracia?

CRESCENDO.

Io mi chiamo il signor Crescendo.

ALFREDO.

Es muy singular por cierto, señor Crescendo, que el furor filarmónico os haya hecho olvidar enteramente vuestras antiguas funciones.

CRESCENDO.

Io me ne ramento. — Sono stato maestro di capiglia in Pádova; ma l' intriga, l' invidia... ¡Eh! Non mi cale. E meglio per l' huomo di genio la libertade l' independenza. Non v' é un stato più nobile, più sublime che il de compositore. Il canto reanima la

(1) *Examinándole, aparte.*

natura, fà sortir gli morti de la tomba. Una cabatina fabbricò il muro di Tebe, è il de Jericó fù distrutto per un altra.

ALFREDO. (1)

¡Ah! ¡ah! ¡ah! Como soy que me divierte.

CRESCENDO.

A propósito, alteza...

ALFREDO. (2)

¡Eh! Ya soy príncipe.

CRESCENDO.

Volete ascoltare l' aria nuova... (3) Crudel tirano. ¡Ah! ¡ah! ¡ah!..

Mettetevi in situazione. Il giovane eroe parte al suplizio, è anzi di subir al patibolo conmicia en mi bemol. (4) ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

ALFREDO.

El aria me parece muy bien situada.

CRESCENDO.

Voi non conoscete mi opera. ¡Que felicità per voi! Adesso vi la canterò

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*
(3) *Canta.*
(4) *Canta.*

tutta. La stanno ensayando al gran teatro di Londre. L' ho meritato al fine; non senza pena. Mile injusticie, un anno al studio... il contralto con la gorgia mala chi sà quanto tempo, il soprano... ¡Oh! Non avrei sudato più al opera de Madrid. — L' overtura... ¡Maestoso!

Tra, la, la, la, la, tra, la, la...

E l'oboe que si fà sentire...

pon, pon, pon, pon...

¡Ma que bella idea!.. ¡Ah mio principe! Si no fosse abusar de la bontà di vostra alteza... io li pregarei...

ALFREDO.

Hablad sin temor.

CRESCENDO.

D' acettare la dedicatoria de mi opera.

ALFREDO.

Con mucho gusto, insigne compositor.

CRESCENDO.

¡Sono felice!

ESCENA X.

Dichos y el BARON.

CRESCENDO.

¡Ah! ¡Signor baron! Il principe è inamorato de mi opera. Ancora non l' ha ascoltato, ma si degna acettare la dedicatoria. Eccomi conosciutto à San Petersburgo. Io parto à scribere mi grande aria; e noi la canteremo dopo pranzo. A Dio, signor barone. Alteza... humilissimo servo... (1)

¡Que veggio! ¡Qual spettacolo!
Suona l' orribil tromba. (2)
Crudel tirano. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! (3)

ESCENA XI.

ALFREDO *y el* BARON.

ALFREDO.

¡Ah! ¡ah! ¡ah! Confieso que al prin-

(1) *Recitado.*
(2) *Cantado.*
(3) *Parte cantando y haciendo gestos.*

cipio me daba compasion... ¿pero quién no se rie... ¡Pobre canciller! ¿Sabeis que es un loco muy divertido?

BARON.

Otros vereis que os llamarán mas la atencion. — Venid... (1)

ESCENA XII.

Dichos y AMELIA.

ALFREDO.

¿Quién es aquella jóven? ¿Es loca tambien?

BARON.

Sí. — Es una condesita... ¡Callad! Apuesto á que va á recitar los versos que acostumbra.

AMELIA. (2)

Huyes tu tierna Silvia,
Huyes la dulce patria.
¡Ingrato! Amor castigue
Tu bárbara inconstancia.

(1) *Amelia aparece á lo lejos en el jardin.*
(2) *Declamando.*

BARON.

¿No lo dige?

ALFREDO. (1)

¡Qué dulce voz!

AMELIA.

Cual leve mariposa
Vuela de rama en rama,
En pos de los placeres
Tú, fementido, vagas. (2)

BARON.

Venid por aqui; no la interrumpamos.

ALFREDO.

Permitidme; un momento...

BARON.

No. Esta es la hora en que acostumbra á pasearse; y ama la soledad. —Respetemos su dolor.

ALFREDO.

No la veo bien desde aqui; pero apuesto la cabeza á que es muy hermosa.

BARON.

¡Oh! Como una plata. Y tiene tan

(1) *Conmovido.*
(2) *Se pasea por dentro de la verja.*

buenas prendas... Pero es digna de compasion. Está casada con un tronera.

ALFREDO.

¡Qué lástima de muchacha!

BARON.

La mala conducta de su marido ha sido causa de que pierda el juicio.

ALFREDO.

¡Que haya hombres tan infames!

BARON.

¡Y aun le adora la infeliz!

AMELIA. (1)

Otra será á tus ojos
Mas gentil y mas grata;
¿Mas quién pudiera amarte
Como Silvia te ama? (2)

ALFREDO.

¡Ah! dejadme hablarla... ¡Pobrecilla! ¡Loca de amor!

BARON.

Si os empeñais... Yo os acompañaria, pero tengo ocupaciones...

(1) *Abre la verja, y se va acercando.*
(2) *Se sienta bajo el sauce.*

ALFREDO.

Andad, señor doctor, no os incomodeis por mí. Andad á vuestros negocios.

BARON.

Pero...

ALFREDO.

Al instante voy á buscaros. (1)

ESCENA XIII.

ALFREDO y AMELIA.

AMELIA.

Tú me dijiste un dia
A la sombra de un haya,
¡Acuérdate! "no he visto
Tan donosa zagala.
Bellos son tus luceros
Mas que el de la mañana;
Como el aura de mayo
Lúbrica tu garganta."

ALFREDO.

Aquella voz... ¡Qué ilusion!... No; no es posible.

(1) *Le despide con afan por la izquierda.*

AMELIA. (1)

Al fin ya estoy sola.—Sola aqui... ¡Sola en el mundo!

ALFREDO.

¡Cielos! ¿No es ella?... ¡Qué alteracion en sus facciones!... Pero no; ¡ella es! ¡Amelia es! ¡Mas hermosa que nunca!

AMELIA.

¡Amelia!... ¿Qién me llama?—Estrangero, ¿qué me quereis?

ALFREDO.

¡No me conoce! ¡Amelia! (2)

AMELIA.

Dejadme: vuestra vista me hace mal.

ALFREDO.

¡Ah! Y yo soy la causa...

AMELIA.

No; no te vayas.—Tú suspiras; te afliges...—Escucha: ¿te ha sido infiel tu querida? ¿te ha abandonado?

ALFREDO.

He perdido el bien que amaba.

(1) *Quitándose el sombrerillo con el velo que cubria su rostro.*

(2) *La toma la mano.*

AMELIA.

¡Yo tambien! Quédate, quédate aqui. Tú no sabes... ¡Partió lejos de mí!

ALFREDO.

¿Es posible que haya perdido la razon en tales términos?... ¡Amelia! vuelve en tí; reconóceme; yo soy Alfredo.

AMELIA.

¿Alfredo has dicho? — Sí; Alfredo se llamaba... ¿Dónde está?

ALFREDO.

A tu lado, amor mio.

AMELIA.

¿Qué oigo? ¡Mi esposo! — Sí; hé aqui su voz, su rostro... No; que tus ojos me miran con mucha ternura. ¡No eres Alfredo! Me engañas. — Alfredo no volverá jamas... ¡Oh! él pierde mas que yo. No es coquetería, pero todos me dicen que cada dia estoy mas bella... y mi espejo me lo dice tambien... Por mucho que me engañen me parece que no soy tan despreciable. ¿Es verdad? ¡Y el perjuro me abandona!

ALFREDO. (1)

Y tiene razon. ¡Si está hechicera!

AMELIA. (2)

Y habeis de saber... ¡Pero cuidado con decirlo á nadie!... Queria sorprenderle á su vuelta con mis progresos. ¡Con qué placer estudiaba! ¿Sabeis que he hecho su retrato?—Si supiera que no le habiais de decir nada, os lo enseñaria. (3) Miradle; miradle pronto. ¿Se le parece?

ALFREDO.

¡Ah! no puedo mas. ¡Moriré de dolor!

AMELIA.

¿Y mis adelantos en el harpa, en el piano?—Pero ya sabeis cuán aficionado era al vals... Pues bien; en el dia valso deliciosamente.

ALFREDO.

¡Valsa deliciosamente! ¿Hay hombre mas infeliz? ¡Qué muger he perdido!

(1) *Aparte.*

(2) *Con misterio.*

(3) *Le da el retrato, mirando al rededor primero.*

AMELIA. (1)

Tra, la, la, la, la, la, la.

ALFREDO.

¡Ah! mírame á tus pies. Soy Alfredo, soy tu esposo, que nunca ha dejado de adorarte.

ESCENA XIV.

Dichos y CRESCENDO.

CRESCENDO. (2)

¡Que veggio! ¡Qual spettacolo!

AMELIA. (3)

¡Ah!

CRESCENDO.

¡Su alteza à i piedi de la mia discepola!

(1) *Le mira tiernamente, y luego valsa talareando.*

(2) *Aparece por el fondo con un papel de música en la mano.*

(3) *Que ya iba á descubrirse, da un grito al ver á Crescendo, y huye cerrando la verja.*

ALFREDO.

¡Ha desaparecido! (1) ¡Miserable! Tu figura de tapiz la ha dado miedo. ¿Dónde ha ido? Dímelo. Tú me responderás de ella.

CRESCENDO.

Io... Alteza... (2) ¡San Genaro!

ALFREDO.

¿Qué hago? Tan insensato soy como él. ¿Pero se ha visto desventura igual á la mia? (3) ¡Amelia! ¡Amelia!

CRESCENDO.

Serenissimo signore... L' aria magnifica en mi bemol...

ALFREDO.

¡Eh! Dejadme en paz... Dime, ¿conoces tú á esa señorita?

CRESCENDO.

Sicuro.

ALFREDO.

¿Tú la conoces? ¿La ves con frecuencia? Háblame de ella; yo te lo ruego.

(1) *Asiéndolo del cuello á Crescendo.*
(2) *Aparte.*
(3) *Mirando el retrato.*

CRESCENDO.

Quella è la condesa Amelia.

ALFREDO.

Sí.

CRESCENDO.

Nepòta del signor baron, el padrone di questa quinta... quello ch' avette veduto qui.

ALFREDO. (1)

¡A Dios!... Quinta, baron... Ya pierde la cabeza. ¡De buen ente me iba yo á informar!

CRESCENDO.

Io sonno il suo precettore de musica. — Quella si ch' e voce, e pure il mio metodo è eccellente.

ALFREDO.

¡Oh! basta ya. Acordaos de que sois tan músico como yo.

CRESCENDO.

¡Come! ¿Yo no son músico?

ALFREDO.

No por cierto, señor canciller.

(1) *Aparte.*

CRESCENDO.

¡Yo cancelliere!... ¡Degradare cosi un celeberrimo compositore!

ALFREDO. (1)

Vamos; es tiempo perdido. — Dejadme con mil diablos.

CRESCENDO.

Qualche calunnia... Lei conoscerá bien presto al signor Crescendo. Vedete qui i testimonii onorebolissimi chi atestano il mio mérito, segnati per una caterva di principi è direttori d' orquestra. Vedete altre tante lettere di raccomandazione de i più nobili signori di Francia, residenti adesso in Londre: l' ambasciator, il marquese di Valmont, il conte di Roseval...

ALFREDO.

¿De Roseval decís?

CRESCENDO.

Sicuro.

ALFREDO. (2)

¿Qué viene á ser esto?

(1) *Aparte.*

(2) *Quitándole la carta de la mano, y abriéndola.*

CRESCENDO.

¡Eh! ¿Ma que fatte?..

ALFREDO.

Yo puedo leerla; no os inquieteis. —Es del caballero de Forlis, mi amigo íntimo.—Leamos.—"Segun me dices en tu última carta, ya debes de estar en Lóndres. Te recomiendo al señor Crescendo, que te visitará de mi parte. Ha sido mi maestro de música..."

CRESCENDO.

Humilissimo servitore.

ALFREDO.

"Es un original..."

CRESCENDO.

Humilissimo servitore.

ALFREDO.

"Que no carece de talento."—¡Cómo! ¿Será cierto? ¿No sois loco? ¿Músico nada mas? Y esta quinta... Amelia... el baron...

CRESCENDO.

Vi ho detto la veritá.

ALFREDO.

¡Qué dicha! Sí, sí: la verdad me habeis dicho. Mi corazon tiene necesi-

dad de creerlo. Yo vuelo á acabarme de informar por mí mismo... (1) Mi linda Amelia... Su tio... ¡Bueno! ¿Queriais darme una leccion? Yo me desquitaré. ¡Cuántas ideas se cruzan, se confunden en mi cabeza! — ¡Mio caro Crescendo! (2)

CRESCENDO.

¡Oh! mio signore... ¿Adesso ascoltarete mi aria?

ALFREDO.

Sí, sí: canta hasta que te se caiga la campanilla.

CRESCENDO. (3)

Tra, la, la, la.

ALFREDO. (4)

Pero Amelia viene con el baron. No perdamos tiempo. (5)

(1) *Aparte.*
(2) *Le abraza.*
(3) *Canta.*
(4) *Aparte.*
(5) *Se va corriendo por la izquierda.*

ESCENA XV.

CRESCENDO, *el* BARON *y* AMELIA. (1)

CRESCENDO. (2)

Tra, la, la, la, la.

Perdonate. — Bisogna correggere queste note... (3)

AMELIA.

¡Tio, ya no está aqui!

BARON.

Le dejas sin esperar mi venida. Eso no es lo tratado.

AMELIA.

Ese Crescendo tiene la culpa.—Nos sorprendió á lo mejor.

CRESCENDO. (4)

Tra, la, la, la.

Mio caro principe... ¿Ma dove...

AMELIA.

¡Si hubierais visto su agitacion, su despecho!

(1) *Entra con precaucion por la derecha.*
(2) *Continuando.*
(3) *Corrige con lápiz.*
(4) *Canta.*

BARON.

Me parece que estás ya menos irritada contra él.

AMELIA.

Mas que nunca lo estoy. No basta un instante de arrepentimiento para expiar tantos delitos.

CRESCENDO.

Ditemi, signor baron, ¿non vi pare un poco pazzo il principe ruso?

BARON.

¿Cómo?

CRESCENDO.

¡Oh! La sua testa è inferma. ¡Chiamarmi cancelliere; strapparmi una lettera di raccomandazione, e quando voglio cominciare mi aria sparire com' un lampo!

BARON. (1)

¡Oh! Pues en eso prueba tener algun juicio. (2)

(1) *Aparte á Amelia.*
(2) *Ruido dentro.*

ESCENA XVI.

Dichos y TOMY. (1)

TOMY.

¡Ah, señor baron! ¡Ah señorita!... ¡Quién lo hubiera creido! ¡Pobre jóven!

AMELIA.

¿Qué es eso? ¿Le ha sucedido alguna desgracia?

TOMY.

Ha perdido la cabeza.

CRESCENDO.

¿Diceba io bene?

TOMY.

No sé qué revolucion repentina le ha trastornado los cascos. Está loco; loco de atar.

AMELIA.

¡Mi esposo! ¿Dónde está? Condúceme...

CRESCENDO.

¡Vedete l' altra!.. ¡Il suo sposo! ¿Tutti perdono la testa in questo giorno?

(1) *Llega acelerado.*

TOMY.

¡Pero qué frenesí!...—Todo lo atropella, todo lo desbarata...—¡Se llevó el diablo el melonar!—Pregunta por su muger; se acusa; la pide perdon...

AMELIA.

¿Qué hemos hecho, tio?—Mirad las consecuencias de vuestro ardid. ¡Pobre Alfredo! Bien sabia yo que me amaba. ¡Ah! volemos á socorrerle.

BARON.

Sí; yo voy á ver... No seria estraño que una cabeza como la suya...

AMELIA.

¡Corred!

BARON.

Vuelvo al instante.

ESCENA XVII.

Dichos, menos el BARON.

TOMY.

¡Por alli viene! Retiraos que está furioso.

CRESCENDO.

¿Furioso?... ¡Ohime!—Fuggite, signorina.

AMELIA.

No; yo no le abandono aunque sepa morir.

CRESCENDO. (1)

¡Inorridisco; tremo!

ALFREDO. (2)

Dejadme. Dejadme. (3)

ESCENA XVIII.

ALFREDO *y* AMELIA.

ALFREDO. (4)

¡Sí; ese Alfredo es un monstruo! ¡Le he de matar!

(1) *Encuentra á Alfredo, y huye por el otro lado.*

(2) *Entrando en la escena.*

(3) *Entra con aire espantoso, y los vestidos en desórden. Crescendo y Tomy dan un grito, y huyen.*

(4) *Alfredo corre por el teatro como furioso. Amelia se retira detrás de un árbol.*

AMELIA. (1)

¡Dios mio! ¡qué cara pone! — Alfredo; yo soy. — No me hagas mal.

ALFREDO.

¿Quién eres? — Acércate.

AMELIA.

¿No me harás mal?

ALFREDO.

No. Alfredo solo merece mi saña.

AMELIA. (2)

No quiero contradecirle; á ver si logro calmarle. — Sí; es un mal sugeto, teneis razon... pero si me amais, perdonadle como yo...

ALFREDO.

¿Conoces á Amelia?

AMELIA.

Sí.

ALFREDO. (3)

¡La conoces!

(1) *Tímidamente.*
(2) *Aparte.*
(3) *Con vehemencia.*

AMELIA. (1)

¡Ay de mí! No señor, no; no la conozco. (2) ¡Dios mio! ¿Va á estar asi toda la vida?

ALFREDO.

¿Con que no la conoces?

AMELIA.

No señor.

ALFREDO.

Si la conocieras la amarias como yo. ¡No sabes tú cuál ha sido mi conducta, sobre todo despues que me alejé de ella! Escucha: todo te lo voy á contar.

AMELIA.

¡Si supiera á quién elige para su confidente!

ALFREDO.

Cuando llegué á Viena... Bien lo sabes... Jamas ha estado aquella corte tan brillante.—Un sin número de bellezas...

(1) *Huyendo.*
(2) *Aparte.*

AMELIA. (1)

Ay, ay, ay. ¿En qué vendrá á parar esto?

ALFREDO.

Una sobre todo, rubia como el sol, fresca como una rosa, dió en mirarme con tanta ternura...

AMELIA.

¿Y os dejasteis querer?

ALFREDO.

Ocho dias no mas.—¡Si no he podido olvidar á mi Amelia!

AMELIA.

¡Perfectamente!

ALFREDO.

Te acuerdas en Génova aquella condesa morenita, ojos negros... ¡Hechicera muger!

AMELIA. (2)

Estoy divertida.

ALFREDO.

Me veía triste, cabiloso...

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*

AMELIA.

Bien, ¿y qué?

ALFREDO.

Y me consoló.

AMELIA.

Nada mas justo.

ALFREDO.

Pero Amelia, Amelia no se apartaba jámas de mi corazon.

AMELIA.

¡Pues! ¡Y aun se atreverá á acusaros, siendo el modelo de la fidelidad conyugal!

ALFREDO.

Tú misma que eres tan linda... ¡Oh! No he visto criatura mas encantadora. Pues bien. En vano intentarias seducirme.

AMELIA. (1)

Lo hemos de ver.—Alfredo, si yo me hubiera engañado, si convencida de vuestra constancia os perdonase...

(1) *Aparte.*

ALFREDO. (1)

Mi... — No; no puedo escucharte.

AMELIA. (2)

¡Dios mio!... Ahora va á serme demasiado fiel. — Si fuera yo esa Amelia cuya pérdida sentís con tal estremo...

ALFREDO.

¿Amelia dices? ¿Estás bien segura de que tú eres Amelia?

AMELIA.

Sí; os lo juro.

ALFREDO.

Escucha. — No pienses engañarme. — Si fueras Amelia, me hablarias de tú.

AMELIA.

¡Bien! Yo te lo juro, Alfredo.

ALFREDO.

Amelia usaba conmigo de un lenguage mas cariñoso.

AMELIA.

No riñamos por eso. — Yo te quie-

(1) *Haciendo un movimiento que reprime.*

(2) *Aparte.*

ro, Alfredo mio... (1) Preciso es darle gusto.

ALFREDO.

Amelia me miraba con mas ternura.

AMELIA. (2)

¿No es asi como te miraba?

ALFREDO.

Sí; hé aqui su blando mirar, su dulce sonrisa... Pero Amelia me abandonaba su preciosa mano.

AMELIA. (3)

¡Jesus qué hombre! Esta es. — ¿La reconoces?...

ALFREDO.

Sí, sí... ¿Podria yo desconocerla?.. Pero...

AMELIA.

¿Otro pero? (4) Si no llamo á mi tio...

(1) *Aparte.*
(2) *Le mira tiernamente.*
(3) *Se la da.*
(4) *Aparte.*

ALFREDO.

Amelia, mi amada esposa, me estrechaba en sus brazos...

AMELIA. (1)

Será preciso abrazarle. — Al fin es mi marido. — Vuelve en tí, mi querido Alfredo, acaba de reconecer á tu Amelia. (2)

ALFREDO.

¡Oh delicia!

ESCENA ULTIMA.

Todos los Actores.

AMELIA.

¡Tio, no os acerqueis! Yo sola puedo...

ALFREDO.

Venid, venid, querido tio. Nada temais. Ya tenia deseo de conoceros y abrazaros. Cesó la ficcion, pues ha cesado tambien el enojo de mi Amelia. Me has dado un mal rato con tu fin-

(1) *Aparte.*
(2) *Le abraza.*

gida locura, y la venganza es muy sabrosa.

AMELIA.

¡Como! ¡Y yo tan tonta que lo creía! Lo has hecho tan á lo vivo...

BARON.

¡Oh! poco habrá tenido que esforzarse para representar su papel.

ALFREDO.

No me ocurrió mejor arbitrio para recobrar tu gracia.—¿Me perdonarás, Amelia?

BARON.

Eso no se pregunta.—¿Qué muger no perdona las locuras que hacen por ella? No te perdono yo tan de buena gana el estropicio que me has hecho en el melonar.

TOMY.

¿Con que todo ha sido una farsa? Quedo convencido de que soy un zoquete.

CRESCENDO.

Adesso ch' avete tutti ricoverato

l cervello, ¿volete ascoltare l'aria... (1)
Tra, la, la, la...

BARON.

Despues de comer.

CRESCENDO.

¡Sapientissima parola!

ALFREDO.

Querida Amelia, tus brazos, que iarian perder el juicio al hombre mas ensato, me lo han hecho recobrar á ní. Estoy por añadir una jaula al esudo de mis armas.

AMELIA.

¡Buen capricho seria!

ALFREDO.

Sí; porque una locura nos separó, otra nos reconcilia para siempre.

(1) *Canta.*